



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XXVIII Domingo durante el año
10- X- 2010

Textos:

Rey.: 5, 10. 14-17.

II Tim.: 2, 8-13.

Lc.: 17, 11-19.

“¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!”

El tema de la Liturgia de la Palabra de hoy nos presenta a Jesús con los enfermos y el deber de agradecimiento que debemos tener hacia el Señor por los bienes recibidos.

En tiempos de Jesús, el enfermo era marginado, tenido como un impuro y muy especialmente así eran tratados los leprosos.

Ante el pedido de los diez leprosos, Jesús no solo demostró su preferencia para con los enfermos, sino que su actitud frente a ellos fue algo verdaderamente revolucionario porque implicaba un cambio radical de mentalidad que generaba un dinamismo de comunión con los enfermos.

El Señor supera así las prescripciones del Antiguo Testamento que consideraba la enfermedad como la consecuencia inmediata de un pecado. Y lo más importante aún, es el rechazo que Jesús hace del antiguo concepto de purificación por medio de las separaciones rituales, sustituyéndola por una purificación obtenida al contrario, por un intenso dinamismo de comunión ¡Él es la Salud!

Los leprosos piden a Jesús compasión, y aunque el texto es sobrio con respecto a los sentimientos de Jesús, sabemos por otros relatos evangélicos que el Señor siente el sufrimiento de los hombres. La compasión conmueve su corazón. Deja que la miseria se acerque a Él. Acoge nuestro sufrimiento y nuestras llagas en su corazón porque: “Él tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias” (Mt. 8, 17).

La ingratitud de los nueve leprosos curados y la gratitud del único leproso curado nos plantean el tema de la gratitud que debemos a Dios por los bienes recibidos.

Cuántas veces suplicamos a Dios pidiendo una gracia como los leprosos: “Jesús ten compasión de nosotros”. Pedimos que nos consuele en el dolor y esté junto a nosotros en los momentos difíciles; pero una vez conseguido lo que demandamos, no siempre regresamos a dar gracias, y lo seguimos como fieles discípulos.

La gratitud es una virtud que debe ser enseñada y cultivada desde la más tierna infancia. Acaso cuando éramos pequeños y recibíamos algo, nuestros padres no nos decían: “...dale las gracias”. Este buen hábito de agradecer, se pierde cuando pensamos que solo tengo derechos, perdiendo así el sentido de la gratitud.

Hermanos, “la ingratitud – dice san Ignacio de Loyola – es cosa de las más dignas de ser abominadas delante de nuestro Criador y Señor, y delante de las creaturas capaces de la su divina y eterna gloria, entre todos los males y pecados imaginables, por ser ella desconocimiento de los bienes, gracias y dones recibidos, causa, principio y origen de todos los males y pecados” (Carta al P. Simón Rodrigues, Roma. 18. III. 1542). Así de grave es nuestra ingratitud para con Dios.

La impureza de la carne, como la que padecían los leprosos, no era lo más grave en los leprosos ingratos, lo más serio es la impureza del corazón, pues sólo un corazón puro es capaz de agradecer.

San Francisco le dice a fray León: “¡Ah!, hermano León; no te preocupes tanto de la pureza de tu alma. Vuelve tu mirada hacia Dios. Admírale. Alégrate de lo que Él es, Él, toda santidad. Dale gracias por Él mismo. Es eso, hermanito, tener puro el corazón” (E. Leclerc “Sabiduría de un pobre”).

Hermanos, debemos aprender a amar y alabar a Dios, como nos enseñaba el catecismo de nuestra época, porque es Dios y esto basta. Por eso san Agustín nos invita a “que a Dios se lo alabe con voluntad y se lo ame con caridad; que sea amado y alabado gratuitamente ¿Qué significa gratuitamente? Por Él mismo, no por otra cosa. Porque si alabas a Dios para que te de alguna cosa, ya no amas gratuitamente a Dios” (Coment. a los salmos, 53, 10).

Pidamos al Buen Dios que aceptemos en nuestro corazón la invitación que nos hace san Francisco: “Alaben y bendigan a mi Señor y denle gracias y sírvanle con gran humildad” (Cántico al hermano sol).

Amén

G. in D.